

LA OSCAR TUSQUETS, del lado amable de la vida

Fue el primer postmoderno sin mala conciencia, antes de que la etiqueta se pusiera de moda y resultara rentable. Este mes se inaugura en Barcelona una exposición antológica de este polifacético arquitecto, que desde el olimpo de su celebridad, sigue fiel a un infrecuente norte en la vida: huir del aburrimiento como del pecado original.

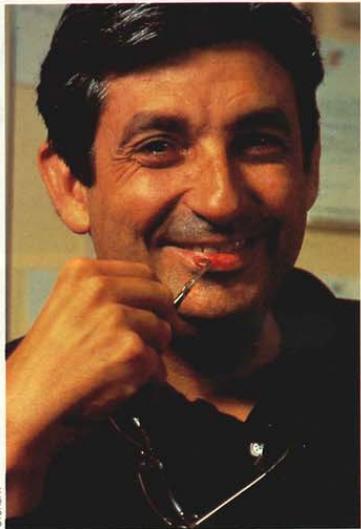


FOTO: EPA

En otras palabras, procurar divertirse siempre lo más posible. Algo que aprendió muy pronto; por sí mismo, y de la mano de su admirado amigo Dalí, con el que compartió también otras preferencias muy significativas. Por ejemplo, el gusto por la provocación y la desobediencia, «sin la cual no existe excitación ni en el arte, ni en nada»; el cariño por los tabúes de alto rango, que la hacen posible, y una debilidad indesmayable por la pintura realista a lo Antonio López, que Tusquets no ha dejado de practicar privadamente junto a sus conocidas dedicaciones públicas (la arquitectura, el diseño, la docencia, el interiorismo, la edición, la promoción...). «Menos es más», decía la célebre sentencia de Mies van der Rohe que tiranizó la arquitectura moderna sus buenos cincuenta años. Tusquets piensa, como su

BIBA / 15

OSCAR TUSQUETS

maestro, Venturi, que «menos es aburrido». No es ya sólo una cuestión de estética sino de carácter. Tusquets siempre ha sido postmoderno porque no aguanta los moralismos, las actitudes paternalistas hacia el público, o los discursos iluminados. Prefiere disfrutar de las cosas más que dogmatizar sobre ellas.

Su trayectoria personal y profesional da buena cuenta de esta manera peculiar de sentir la vida; es un largo camino de realizaciones que se han ido encadenando unas a otras con endiablada precisión.

Con todo, y con su mechón oscuro sobre la ceja, se convirtió enseguida en el enfant terrible de la arquitectura catalana, después de Bofill, naturalmente, y de forma más respetable. Y su estudio Per, fundado con Luis Clotet, Christian Cirici y Pep Bonet, resultó la antítesis, versión loca y divertida, del otro tándem clásico de la arquitectura progre en Barcelona; el de Bohigas Martorell y MacKay.

Tusquets se había formado en los alegres sesenta; en el desfile de movimientos como el pop, el minimal, el land art, el conceptual o el kitsch. La arquitectura, como la vida, carecía de identidad para él, si no se aceptaba su complejidad. Además, en el colmo de la heterodoxia, se atrevía a afirmar que el motor que lo mueve en su actividad profesional es la emoción: «A mí me parece que lo más maravilloso que puedo hacer en la vida es emocionarse a alguien. Desgraciadamente, las artes en las que trabajo son

artes frías. Pero también son más duraderas, ¿no?». El se ha encargado de quebrar sagazmente esa frialdad, haciendo una arquitectura dúctil; abierta a infinitas sugerencias estéticas, históricas, psicológicas... Pero nada frívola pese a sus coquetuerías. Ni simplemente inteligente, porque como un compañero se encargó de recordar «la inteligencia está al alcance de cualquier imbecil». En cambio divertirse y entusiasmar a los demás parece bastante más complicado. Por esos alambicados vericuetos se internaron los me-

Con el taburete Gullino, Tusquets recobró el placer de diseñar en madera, «es un material fantástico, que te permite variar de grosor según lo exigen la estética y la técnica».

jores representantes de la postmodernidad, y Tusquets con ellos, con obras como la sala Mae West del museo Dalí; la agencia de viajes Aerojet, la casa Pantallería y el famosísimo Bebeverdere Georgina; una mínima casita de un millón de presupuesto y cien mil pesetas de honorarios, que dió la vuelta al mundo y le convirtió en un arquitecto internacional. Fueron años de trabajar al límite de la genialidad y dicen las malas



El diván Ali-Babá de 1990; un ejemplo del gusto de Tusquets por las soluciones insólitas y divertidas, inspiradas en motivos clásicos. Aunque sean de un clasicismo exótico, como ese tigre tibetano que adorna la alfombra disfrazada.



FOTO: EPA



Rumboso y confortable, el sillón Vainén reúne modernidad y prestaciones tradicionales. La mesa Soza ofrece una versión imaginativa de la marquetaría en el diseño actual.

FOTO: EPA



Los proyectos de 1989, el complejo administrativo La Cúpula, en Montpellier, y un edificio de oficinas para Barcelona, característicos ambos de un estilo a la vez libre y severo.

GLORIA OTERO

lenguas que llegó el momento en que se hartó de no ganar dinero como arquitecto y decidió probar con el diseño... «La verdad es que proyecté el carrito de la tele para mi mamá y resultó que había mucha gente que necesitaba algo así. En realidad yo tengo el gusto y las apereñencias de una portera y en vez de corregirlas, las aplico. De modo que no me siento nada incomprendido.»

Lo cierto es que con el diseño, el éxito le resultó mucho más fácil. Las sillas Varius, el diván Ali Babá, el juego del café Oronda, la mesa alada, figuran sin esfuerzo en ese minoritario repertorio de objetos que reúnen originalidad y confort. En este terreno, Tusquets no se permite las veleidades que tanto apasionaban a otros diseñadores, «desconcertar en otro tipo de arte está muy bien, pero en diseño, no creo que el lenguaje lo permita». O el seno, simplemente, que por alguna parte tenía que salir a este catalán cosmopolita, que sigue instalado en su Barcelona natal, profeta en su tierra; con más premios que años, y ya va a cumplir cincuenta, y todo un desfile de japoneses, norteamericanos, franceses por su despacho, ansiosos por aprender lo que probablemente no se puede enseñar desde un despacho; o simplemente movidos por la magia del personaje, sin duda inusual. Una manera de entender la profesión y la vida cargada de cultura y de contenido. De sabiduría y seducción. El genio lúcido y burlón del Mediterráneo.

PRIMAVERA DEL DISEÑO

Barcelona inaugura este año una primavera cargada de actividades dedicadas a esa especie de divinidad tuteladora de la ciudad que desde hace tiempo es el diseño. Un despliegue espectacular con opciones para todos los gustos: para los interesados por la teoría, conferencias de los divos nacionales e internacionales: André Ricard, Santiago Mirando, Javier Mariscal, Oscar Tusquets, Ettore Sottsass, Alessandro Mendini, Philippe Stack, Alessi...

Para especialistas y curiosos —por igual— exposiciones antológicas por todo lo alto de Tusquets, Trasatlantic, Vignelli, América Sánchez, premios Delta... Y para todos, algo que propios y extraños no dejan de hacer por su cuenta y riesgo en la ciudad de Gaudí: itinerarios por bares y tiendas «de diseño», organizados, en este caso, por prestigiosas revistas especializadas. Itinerario vital, emocional y cultural para iniciados o profanos pero siempre alertas.

